

filosofía de la historia reduce toda la humanidad á una rama de pólipo, en la que todo lo estable fermenta, brota, crece, se entumece y estalla.

Pero todo esto es un justo castigo, porque el hombre no quiere ya reconocer á Dios como jefe y legislador, ni como señor y centro de la sociedad. De aquí que todo esté envuelto en tinieblas y todo se haya momificado, todo lo que existe y todo lo que alienta. Mientras que, antiguamente, se animaba á los mismos seres inanimados y se complacían en presentarlos con vida, hoy el hombre mismo y la humanidad han descendido á la categoría de ideas abstractas, de ejemplos de cálculos, de materia de experiencias. Vivimos por completo sometidos al imperio de las fórmulas del panteísmo y del fatalismo. Para nada se tiene en cuenta al individuo. El Estado ha llegado á dormirse sugestionado por semejante teoría, ya que, en el terreno económico, se ha cruzado de brazos ante el llamado orden natural é inmutable, y se ha limitado al papel de espectador mudo. Entre tanto, el corto número de los que han sabido aprovecharse de esta situación, han tenido suficiente tiempo y libertad para hacer que esta ley natural beneficiase únicamente á la bolsa, á los bancos, á los monopolios y otras operaciones rentísticas, para explotarlas en su provecho.

Preciso es romper con este sistema. Preciso es que el hombre se convierta de nuevo en centro de la sociedad. No debe ser el hombre del panteísmo y del evolucionismo, el cual no es más que un ser sin voluntad, y por lo mismo, una pieza irresponsable del todo absoluto, ó del radical engranaje; no debe ser el hombre del liberalismo y del humanismo, el hombre cuyas pasiones se adulan para aturdirlo, á fin de realizar con mayor facilidad los designios concebidos con relación á él. Por lo contrario, debe ser el hombre libre, pensador, independiente, el hombre con su conciencia responsable, el hombre, criatura, servidor, instrumento de Dios. Preciso es aprender á hablar menos del hombre y á hacerle obrar más, á no ponerse con tanta frecuencia en

los labios los derechos del hombre, sino á reconocer mejor sus derechos reales y á procurar su completa realización.

Sólo puede realizarse esto á condición de que alcance el hombre la situación que le es debida. Preciso es admitir que, con el hombre, tal como se le ha educado desde el tiempo del Humanismo, ninguna sociedad humana puede ser constituida, si se le deja en libertad. Preciso es encadenar como esclavos á los hombres que se consideran como dioses, como amos del derecho, como sus propios legisladores, á fin de que su influencia no reduzca el mundo á escombros. Pero, sin inquietud alguna, puede dejarse en libertad á los hombres que se tienen por servidores y súbditos de Dios, que se honran con servir de instrumentos á Dios, para que pueda transmitir á los demás la bendición y la salvación, y la felicidad al mundo entero. Cuanto más libres sean, más desligados estarán de consideraciones que no sean la voluntad de Dios, más dignos serán de su propia naturaleza humana, y, con ellos, encontrará mejor la sociedad su fin.